



ELLE KENNEDY

LOVE  ME
AMOR IRRESISTIBLE



wonderbooks

Amor irresistible

Elle Kennedy

Serie Love Me 3

Traducción de Sasha Pradkhan

 wonderbooks

Contenido

Página de créditos

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Epílogo

Nota de la autora
Sobre la autora

Página de créditos

Amor irresistible

V.1: noviembre de 2021

Título original: *The Play*

© Elle Kennedy, 2019

© de la traducción, Sasha Pradkhan, 2021

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2021

Todos los derechos reservados.

Se declara el derecho moral de Elle Kennedy a ser reconocida como la autora de esta obra.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Corrección: Alexandre López

Publicado por Wonderbooks

C/ Aragó, 287, 2.º 1.ª

08009, Barcelona

www.wonderbooks.es

ISBN: 978-84-18509-23-0

THEMA: YFM

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

Amor irresistible

Salir con Demi es muy mala idea. Ahora solo tengo que convencerme

Después de los resultados de la temporada pasada, me he propuesto sentar la cabeza. Basta de chicas y de distracciones. Como nuevo capitán del equipo de *hockey*, primero van el deporte y la universidad, y luego todo lo demás. Y eso significa que yo, Hunter Davenport, debo olvidarme de mi faceta de ligón durante un tiempo. Pero mis planes se van al traste cuando la guapísima y divertidísima Demi Davis entra en escena.

Aunque me siento muy atraído por ella, Demi tiene novio, así que problema resuelto. Hasta que él la engaña y Demi se fija en mí. Resistirse es inútil, aunque intentaré hacer todo lo posible. Venimos de mundos muy diferentes y buscamos cosas distintas en la vida. Salir con Demi es muy mala idea... Ahora solo tengo que convencer a mi cuerpo y a mi corazón

La nueva entrega de la autora *best seller* de *Kiss Me* y *Los Royal*

«¡Otra lectura adictiva de Elle Kennedy! *Amor irresistible* es una novela romántica llena de pasión que te derretirá.
¡No podrás dejar de leer!»

Vi Keeland, autora *best seller* del *New York Times*

«Siempre que cojo un libro de Elle Kennedy, sé que no podré dejar de leer hasta que llegue a la última página. *Amor irresistible* no ha defraudado: es una lectura intensa, divertida y me ha tenido en vilo hasta el final.»

K. A. Tucker, autora *best seller*

«¡Este libro es una delicia! Sumamente desternillante. La química fuera de serie entre Demi y Hunter me mantuvo en vilo toda la noche. *Amor irresistible* es una nueva historia fantástica de una de mis series favoritas de todos los tiempos.»

Sarah J. Maas, autora *best seller* del *New York Times*

«¡Ay, madre mía! La Reina del *Hockey* lo ha hecho otra vez. ¿Un macho alfa célibe? ¡Oh, sí! ¿Una heroína que lo convence para romper su voto de castidad? ¡Oh, sí por partida doble!»

Ilsa Madden-Mills, autora *best seller* del *Wall Street Journal*

#wonderlove

*A Sarah J. Maas, por tu apoyo y entusiasmo.
Y por recordarme por qué escribo.*

Capítulo 1

Hunter

Esta fiesta es un rollo.

Debería haberme quedado en casa, pero estos días mi casa parece el set de un programa de las Kardashian. Gracias a mis tres compañeras de piso, está saturada de estrógenos.

Por supuesto, también hay un montón de estrógenos aquí, en la residencia de las Zeta Beta Ni, pero son de esos a los que me puedo sentir atraído. Todas mis compañeras tienen pareja, así que no se me permite tocarlas.

«Tampoco puedes tocar a ninguna de estas mujeres...».

Cierto. A causa mi autoimpuesta abstinencia, no tengo permitido tocar a nadie, y punto.

Eso me hace plantearme la siguiente pregunta: si un árbol cae en el bosque y no te puedes acostar con nadie en una fiesta celebrada en la residencia de una sororidad, ¿todavía se considera una fiesta?

Rodeo con los dedos el vaso de plástico rojo que mi amigo y compañero de equipo, Matt Anderson, me acaba de plantar en la mano.

—Gracias —musito.

Doy un trago y hago una mueca. Esta cerveza está aguada, aunque puede que sea algo positivo. Un buen incentivo para no consumir más de un vaso. El entrenamiento de mañana no empieza hasta las diez, pero había planeado llegar un par de horas antes a la pista de hielo para trabajar mis cañonazos.

Tras el desastroso final de la temporada pasada, prometí que haría del *hockey* mi máxima prioridad. El nuevo semestre empieza el lunes, nuestro primer partido es la semana que viene, y estoy motivado. Briar no llegó al campeonato nacional el año pasado, y fue por mi culpa. Esta temporada será diferente.

—¿Qué te parece esa chica? —Matt señala discretamente con la cabeza a una chica mona que lleva unos *shorts* y una camisola rosa pálido. No lleva sujetador y se le marca el contorno de los pezones a través de la tela sedosa.

Se me hace la boca agua.

¿He mencionado que es una fiesta de pijamas? Yip yip, hace casi cinco meses que no tengo sexo y estoy inaugurando mi tercer año de carrera en una fiesta donde todas las mujeres apenas llevan ropa. Nunca me he jactado de ser muy listo.

—Está muy buena —le digo a Matt—. Venga, ve a ligártela.

—Lo haría, pero... —Suelta un gruñido de protesta—. Te está mirando a ti.

—Bueno, estoy fuera del mercado —contesto, y me encojo de hombros—. Eres libre de acercarte y decírselo. —Le doy un toquecito amistoso en el brazo—. Estoy seguro de que te considerará un premio de consolación adecuado.

—¡Ja! Que te den. No soy el segundo plato de nadie. Si no se muere de ganas por enrollarse conmigo, prefiero encontrar a alguien que sí. No tengo necesidad de competir por la atención de una mujer.

Este es uno de los motivos por los que Matt me cae bien: es competitivo sobre el hielo, pero fuera de la pista es bastante decente. Llevo jugando a *hockey* toda mi vida, y he tenido compañeros que no se lo pensarían dos veces a la hora de robarle la chica a un amigo; o incluso peor, de enrollarse con ella a sus espaldas. He jugado con chicos que tratan a las fans del *hockey* como si fueran de usar y tirar, y que han compartido a chicas como si fueran caramelos. Chicos con ningún respeto y unos prejuicios terribles.

Pero, en Briar, tengo la suerte de jugar con chicos decentes. Por supuesto, no hay ninguna plantilla que se libre de tener un capullo o dos, pero la mayor parte de mis compañeros son buena gente.

—Sí, no creo que te resulte muy complicado —coincido—. La chica morena que está a las dos en punto ya te está haciendo de todo con la mirada.

Abre mucho los ojos marrones cuando se fija en la chica con curvas que viste con un camisón corto blanco. Ella se sonroja en cuanto sus miradas se cruzan, sonrío con timidez y alza el vaso en un brindis silencioso.

Matt me abandona sin mirar atrás, aunque no me extraña.

El comedor está lleno de chicas en lencería y chicos en batines a lo Hugh Hefner. Yo no sabía que era un evento temático, así que llevo bermudas y una camiseta de tirantes, y voy bien. La mayoría de los tíos que me rodean están ridículos con los atuendos que llevan.

—¿Te lo pasas bien? —La música retumba, pero no está lo bastante alta como para que no oiga a la chica a la que Matt miraba en un principio.

—Sí. Ha venido mucha gente. —Me encojo de hombros—. El DJ es bastante bueno.

Se acerca, furtiva.

—Soy Gina.

—Hunter.

—Sé quién eres. —La simpatía irrumpe en su voz—. Estuve en el partido de la liga contra Harvard, cuando aquel capullo te rompió la muñeca. Todavía no me creo que lo hiciera.

Yo sí. Me tiré a su novia.

Pero no se lo cuento. De todos modos, tampoco es que lo hiciera a propósito. No tenía ni idea de quién era esa chica cuando me acosté con ella. Aunque, al parecer, ella sí que sabía quién era yo. Quería vengarse de su novio, pero yo no me enteré hasta el momento en que este se lanzó sobre mí en medio del segundo partido más importante de la temporada, el que determina quién va a la Frozen Four, el torneo más importante de la temporada universitaria. La muñeca rota fue el resultado de un placaje contra el hielo. El capullo de Harvard no pretendía rompérmela, pero ocurrió, y de repente yo estaba fuera del partido. Igual que nuestro capitán, Nate Rhodes, al que echaron por intentar defenderme.

Regreso de golpe al presente.

—Fue una forma horrible de terminar la temporada —comento.

Ella encuentra la manera de posar la mano en mi bíceps derecho. Últimamente, mis brazos están mucho más grandes, aunque esté mal que yo lo diga. Cuando no practicas sexo, hacer ejercicio es imperativo para no perder la cabeza.

—Lo siento —ronronea Gina.

Desliza los dedos con suavidad por encima de mi piel descubierta, lo que me provoca unos pinchazos de calor por todo el brazo.

Casi gimo en voz alta. Dios santo, estoy tan cachondo que, con solo una caricia en el brazo, una mujer me ha provocado una semierección.

Sé que debería apartarle la mano, pero hace mucho tiempo que nadie me toca de forma no platónica. En casa, mis compañeras de piso me toquetean a todas horas, pero ninguna de forma sexual. A Brenna le gusta darme cachetes o pellizcarme el trasero para burlarse de mí cada vez que pasa a mi lado por el pasillo, pero no me desea. Solo es una cabrona.

—¿Quieres que vayamos a un sitio más tranquilo a hablar o algo? —sugiere Gina.

He vivido el tiempo suficiente en este planeta como para ser capaz de descifrar el significado oculto de «hablar o algo» en el idioma de las chicas.

1) No vamos a hablar demasiado.

2) Vamos a pasar mucho tiempo haciendo «algo».

Gina no podría habérmelo dejado más claro, a menos que hubiera levantado un cartel que dijera: ¡ACUÉSTATE CONMIGO! Incluso se pasa la lengua por los labios cuando articula la pregunta.

Sé que debería negarme, pero la idea de volver a casa ahora mismo y masturbarme en mi habitación mientras mis compañeras de piso se hacen una maratón de temporadas antiguas de *The Hills* no me atrae demasiado. Así que añado:

—Claro.

Y sigo a Gina fuera de la habitación.

* * *

Terminamos en un cuchitril en el que hay un sofá, un par de estanterías con libros y un escritorio contra la pared del fondo bajo una ventana. Está sorprendentemente vacío. Los dioses de la fiesta se han apiadado de mi celibato y nos han proporcionado el tipo de privacidad peligrosa que debería evitar a toda costa. En lugar de eso, me coloco en el sofá y dejo que Gina me bese el cuello.

Su camisola de satén me roza el brazo y la sensación de placer que me produce el más mínimo roce es casi pornográfica. Todo me pone cachondo estos días. El otro día se me puso dura mientras veía un anuncio de Tupperware en YouTube porque la MILF que aparecía en él estaba pelando un plátano. Entonces lo cortó en pedacitos y puso los trozos de plátano en un recipiente de plástico, y ni siquiera ese horrible simbolismo me disuadió de tocarme mientras pensaba en la Mujer del Plátano. En un par de meses, empezaré a penetrar las tartas de manzana que hace cada domingo mi compañera Rupi.

—Hueles muy bien. —Gina inhala profundamente, suelta el aire y su aliento cálido me hace cosquillas en el cuello. Cierra la boca y, como una herradura ardiente, la posa en mi piel de nuevo.

Me gusta tenerla sobre mi regazo. Sus muslos torneados atrapan los míos y siento su cuerpo caliente y voluptuoso cubierto por el satén. Tengo que parar esto.

Me hice una promesa a mí mismo y al equipo, aunque nadie me lo haya pedido y todos piensen que estoy loco por insistir en no tener sexo. Matt declaró directamente que no creía que dejar de lado mis impulsos sexuales fuera a afectar en lo más mínimo a nuestros partidos de *hockey*. Pero yo creo que sí, y para mí es una cuestión de principios. Los chicos me votaron para que fuera su capitán. Me tomo en serio la responsabilidad y, por experiencia personal, sé que tiendo a dejar que las mujeres me enreden la cabeza. El año pasado, ir de flor en flor me costó una muñeca rota. No lo repetiré.

—Gina, yo...

Me interrumpe cuando presiona sus labios contra los míos. De pronto, nos estamos besando y la cabeza me da vueltas. Sabe a cerveza y a chicle. Y el pelo, que le cae sobre un hombro en una cortina espesa de rizos rojos, huele a manzanas. Mmm... Me la quiero comer.

Nuestras lenguas bailan y el beso se vuelve más profundo y apasionado. La cabeza todavía me da vueltas y la lujuria y el descontento libran una batalla en mi interior. He perdido la capacidad de pensar con claridad. La tengo tan dura que me duele, y Gina solo lo empeora cada vez que se restriega contra mi entrepierna.

Treinta segundos más, me digo. Treinta segundos más y paro esto antes de que vaya más lejos.

—Te deseo tanto... —Vuelve a posar los labios en mi cuello, y entonces, joder, desliza la mano entre los dos. Me agarra el pene por encima de los calzoncillos y casi gimo de placer. Hacía una eternidad que una mano que no fuera la mía me tocaba. El placer es vergonzosamente intenso.

—Gina, no. —Gimo, y necesito hacer un gran esfuerzo para apartarle la mano. Mi pene protesta y deja caer líquido preseminal por el interior de mis bóxers.

Ella se sonroja y se le ponen los ojos vidriosos.

—¿Por qué no?

—Estoy... Me estoy tomando un descanso de todo eso.

—¿De qué?

—Del sexo.

—¿Cómo?

—Intento vivir sin...

—¿Sin qué? —Parece tan confusa como yo abatido.

—Sin sexo —aclaro, taciturno—. Quiero decir que no tendré sexo durante un tiempo.

Frunce el ceño.

—Pero... ¿por qué no?

—Es una larga historia. —Hago una pausa—. Bueno, en realidad, no lo es. Este año quiero concentrarme en el *hockey*, y el sexo es una inmensa distracción. Eso es todo.

Permanece en silencio durante un largo segundo. Entonces, me toca la mejilla y me acaricia la barba

incipiente sobre la mandíbula con el pulgar. Se pasa la lengua por los labios, y yo casi me corro en los pantalones.

—Si te preocupa que quiera tener algo más contigo, relájate. Solo busco un rollo de una noche. Tengo muchísimo trabajo este semestre y no tengo tiempo para relaciones.

—No tiene nada que ver con las relaciones —trato de explicar—. Es el sexo en general. Una vez empiezo, no quiero parar. Me distraigo y...

Vuelve a interrumpirme.

—Vale, sin sexo. Te la como.

Casi me atraganto con mi propia lengua.

—Gina...

—No te preocupes, me tocaré mientras lo hago. Las mamadas me ponen muy cachonda.

Esto es una tortura.

Pura tortura.

Lo juro, si el ejército necesita ideas para romper a alguien, dadle a un chaval universitario que tenga una erección, echadle a una tía buena sobre el regazo y haced que ella le diga lo mucho que quiere tener sexo sin compromiso y que le ofrezca mamadas porque la ponen «muy cachonda».

—Lo siento —gruño. Entonces, logro realizar una hazaña todavía más difícil: la aparto de mi regazo y me levanto—. Mi estado mental no es el más apropiado para... nada de esto.

Ella se queda sentada y echa la cabeza hacia atrás para mirarme. Tiene los ojos abiertos de incredulidad y una pizca de... lo que podría ser compasión. Por el amor de Dios. Ahora se apiada de mí por mi celibato.

—Lo siento —repito—. Y para que lo sepas, eres la chica más atractiva de esta fiesta y mi decisión no tiene nada que

ver contigo. Me hice una promesa en abril y quiero mantenerla.

Gina se muerde el labio inferior y, para mi sorpresa, veo un destello de admiración en su rostro.

—No voy a mentir —dice—, estoy un poco impresionada. No hay muchos tíos capaces de mantenerse firmes a esa decisión cuando se topan con mi cuerpazo.

—No hay muchos hombres tan estúpidos como yo.

Sonriente, se levanta de un salto.

—Bueno, supongo que nos veremos por ahí, Hunter. Me gustaría decirte que te esperaré, pero esta chica tiene sus necesidades, y es evidente que no van acordes a las tuyas.

Se ríe, sale poco a poco del cuchitril y yo observo cómo balancea su atractivo trasero a cada paso.

Me paso ambas manos por el pelo y suelto un gemido ahogado contra las palmas. No sé si debería estar orgulloso de mí mismo o patearme el culo por el ridículo camino que he tomado.

En gran medida, me ha ayudado a concentrarme en el *hockey*. Saco toda mi frustración sexual sobre el hielo. Soy más fuerte y rápido de lo que era la temporada pasada, y casi me deshago de la desesperación en cada uno de los lanzamientos a portería que hago. Las balas dan en el objetivo, casi a modo de homenaje a mi pene doliente. Un reconocimiento de que su sacrificio debe ser honrado.

Solo es hasta el final de la temporada, me aseguro a mí mismo. Siete meses más, que sumarán un año entero de celibato en cuanto cruce la línea de meta. Y entonces me recompensaré a mí mismo con un verano lleno de sexo. Un verano de sexo.

Un verano de sexo sucio, decadente e interminable.

Por favor. Estoy muy cansado de mi propia mano. Y no estoy ayudando a la causa con estupideces como abrirme a la tentación con preciosas chicas de sororidades.

Por primera vez en mucho tiempo, me muero de ganas por que empiecen las clases. Con suerte, tendré tanto trabajo este semestre que me ahogará en él. Deberes, tiempo extra sobre la pista de hielo, entrenamientos y partidos: es todo en lo que me permito concentrarme. Y, por descontado, no más fiestas de sororidades.

Evitar la tentación es la única manera de centrarme en el juego y mantener la polla en los pantalones.

Capítulo 2

Demi

—**C**ierra con llave —ordeno a mi novio, Nico, cuando entra en la habitación. El hecho de que mi sororidad sea la anfitriona de la fiesta de esta noche no significa que mi habitación esté abierta al público. La última vez que organizamos una fiesta y olvidé cerrar con llave, subí a por un jersey y me topé con un trío en curso. Uno de los dos chicos incluso había cometido la atrocidad de usar a Fernando, mi panda tuerto de peluche, como cojín para colocarlo bajo el trasero de la chica. Ya sabéis, para que les resultara más sencillo realizar la doble penetración que estaba a punto de empezar.

«Nunca más, Fernando», le aseguro a mi amigo de la infancia mientras lo muevo a la mesita de noche para hacerle sitio a mi novio.

Nico se deja caer de espaldas sobre la cama, se cubre la cara con el brazo y suelta un suspiro de agotamiento. Se ha perdido la fiesta porque tenía que trabajar, pero aprecio que haya hecho el esfuerzo de venir aquí después de su turno, en lugar de irse al estudio donde está de alquiler en Hastings. El pueblecito está a diez minutos en coche del campus de Briar, así que no se encuentra demasiado lejos,

pero sé que le habría resultado más sencillo volver a casa directamente y dormir.

—¿Cansado? —señalo, compasiva.

—Muerto —responde con la voz amortiguada. Su antebrazo impide que le vea los ojos, lo que me da la oportunidad de admirar su cuerpo sin que se burle de mí por ello.

Nico tiene la complexión alta y esbelta de un jugador de baloncesto. Aunque jugó de base en el instituto, no recibió ninguna beca universitaria, y tampoco era lo bastante bueno como para jugar en la NBA, pero no creo que le importe demasiado. El baloncesto era un deporte que disfrutaba cuando jugaba con sus amigos del instituto; su verdadera pasión son los coches. Sin embargo, aunque ya no haga deporte, todavía está en buena forma. Realiza una buena dosis de ejercicio al mover cajas y muebles en la compañía de mudanzas donde trabaja.

—Pobre bebé —murmuro—. Deja que me ocupe de ti.

Con una sonrisa, empiezo por la parte inferior de su cuerpo y voy poco a poco hacia arriba. Le quito las zapatillas, deslizo el cinturón por las presillas y le bajo los pantalones. Se sienta para ayudarme con la sudadera y vuelve a desplomarse hacia atrás. Ahora tiene el pecho descubierto, lleva bóxers y calcetines, y ha vuelto a colocarse el brazo sobre la cara para protegerse los ojos de la luz.

Me apiado de él y apago la luz del techo para encender la lámpara de la mesita de noche, que emite un resplandor pálido.

Entonces me acomodo a su lado, vestida con el camisón de seda negro que llevaba para la fiesta.

—Demi —balbucea cuando empiezo a besarle el cuello.

—¿Mmm?

—Estoy demasiado cansado para esto.

Desplazo la boca por la línea angulosa de su mandíbula y la áspera barba incipiente me rasca los labios. Llego a su boca y lo beso con suavidad. Me devuelve el beso, pero es una caricia efímera. Entonces, vuelve a soltar un gemido de cansancio.

—Cariño, en serio, no tengo energía. He trabajado catorce horas seguidas.

—Yo haré todo el trabajo —susurro, pero en cuanto deslizo la mano hacia su entrepierna, no noto ninguna señal de vida. Su pene está flácido como un fideo.

—Otra noche, mami —dice, adormecido—. ¿Por qué no pones esa serie siniestra que tanto te gusta o algo?

Me trago la decepción. Hace más de una semana que no lo hacemos. Nico trabaja los fines y varias noches entre semana, pero mañana tiene el día libre, así que este es uno de los escasos sábados en los que podríamos quedarnos despiertos hasta tarde enrollándonos si quisiéramos.

Pero no ha movido un solo músculo desde que se ha tumbado.

—Está bien —cedo, y me doy la vuelta para tomar el portátil—. El último capítulo es *Niños que matan*, pero no recuerdo si te puse el anterior, *Payasos que matan...*

Nico ronca flojito.

Maravilloso. Es sábado por la noche, hay una fiesta increíble en el piso de abajo y ni siquiera son las diez en punto. Mi novio buenorro está dormido en mi cama y yo estoy a punto de ver una serie sobre asesinos. Sola.

Viviendo el sueño universitario. Yupi.

Para empeorar la situación, este es el último fin de semana libre de estrés que vamos a tener en mucho tiempo. El semestre de otoño empieza el lunes, y este año tengo un horario intenso. Estoy en el curso propedéutico para Medicina, así que tengo que destacar de verdad durante mis dos últimos años en Briar si quiero entrar en

una buena facultad de medicina. Ni en sueños tendré tanto tiempo para Nico como me gustaría.

Echo un vistazo rápido al bulto que ronca junto a mí. No parece preocuparle nuestra falta imperiosa de tiempo de calidad, pero quizá tiene razones para no hacerlo. Llevamos juntos desde secundaria. Nuestra relación ha tenido sus altibajos a lo largo de los años, y nos hemos tomado un tiempo más de una vez, pero hemos sobrevivido a todos y cada uno de los obstáculos, así que también podremos con esto.

Me meto debajo de la manta, una hazaña que requiere de habilidad, pues el pesado cuerpo de Nico presiona el otro lado del cobertor. Me coloco el ordenador sobre el regazo y cargo el siguiente episodio de mi serie favorita. Me gustaría decir que veo esta serie únicamente por el componente psicológico, pero... ¿a quién voy a engañar? Es una paranoia y me encanta.

La música amenazante llena la habitación, seguida por el familiar tono británico e invariable del presentador que me informa de la inminencia de sesenta deliciosos minutos de niños que matan.

* * *

El resto del fin de semana pasa volando. El lunes por la mañana trae consigo mi primera clase de tercero de carrera, y la que me tiene más emocionada: Psicopatología. E incluso mejor, dos buenos amigos míos también asisten a esta clase. Me esperan en las escaleras de piedra del enorme edificio cubierto de hiedra.

—Madre mía, ¡estás genial! —Pax Ling me rodea con los brazos, tira de mí para plantarme un ruidoso beso en la mejilla y me alcanza por detrás para pellizcarme el trasero. Llevo unos vaqueros cortos y una camiseta sin mangas a rayas, porque hoy hace un calor de mil demonios. Que no

me quejo de que el verano siga durante septiembre. Arriba el calor, *baby*.

—Lo que estos pantalones cortos les hacen a tus piernas, cari —exclama Pax con aprobación.

A su lado, TJ Bukowski pone los ojos en blanco. Cuando los presenté por primera vez, TJ no era muy fan de la personalidad extravagante de Pax, pero al final se abrió a él, y ahora tienen una relación de amor-odio que me da la vida.

—Tú tampoco estás nada mal —informo a Pax—. Me encanta la camiseta.

Se sube el cuello del polo verde guisante.

—Es un Gucci, zorras. Mi hermana y yo hemos estado en Boston este fin de semana y nos hemos gastado algo de dinero. Bueno, un poco demasiado. Pero, eh, ha valido la pena, ¿verdad? —Da una vuelta rápida para mostrarnos el polo nuevo.

—Ha valido la pena. —Asiento.

TJ se ajusta las tiras de la mochila.

—Venga, entremos ya. No queremos llegar tarde a la primera clase. He oído que Andrews es una profe estricta.

Me río.

—Aún tenemos quince minutos. No te preocupes.

—¿De verdad le acabas de decir a Thomas Joseph que no se preocupe? —pregunta Pax—. Ese es su estado de ánimo por defecto.

No se equivoca. TJ es una bola de ansiedad con patas.

TJ nos fulmina con la mirada. No le gusta que se rían de él, sobre todo a propósito de su ansiedad, así que extendiendo la mano y le doy un cálido apretón.

—No te enfades, cielo. Me gusta que seas un don angustias. Significa que nunca llegaré tarde a ningún lado.

Con una leve sonrisa, me devuelve el gesto. TJ y yo nos conocimos en primero de carrera, cuando vivíamos en la

misma residencia de estudiantes. Mi compañera de piso era insoportable, así que la habitación de TJ se convirtió en una especie de santuario para mí. Llevarse bien con él no es siempre fácil, pero para mí ha sido un buen amigo desde el principio.

—¡Esperaaa!

El chillido femenino atraviesa la brisa de la mañana. Giro la cabeza para ver a una chica bajita que corre por el camino arbolado. Lleva un vestido negro largo hasta las rodillas con uno grandes botones blancos en el centro. Tiene un brazo en el aire y agita lo que parece ser un táper de plástico.

Un chico de pelo oscuro se para cerca de las escaleras. Es alto y se nota que está en forma, aunque lleve una sudadera gris ancha con el logo de la Universidad de Briar. Su hermoso rostro se arruga cuando frunce el ceño al percatarse de que la chica lo persigue.

Ella se desliza hasta que se detiene frente a él. No oigo lo que él le dice, pero su respuesta es alta y clara. Creo que es una de las personas más ruidosas con las que me he topado jamás.

—¡Te he hecho la comida! —Con una amplia sonrisa, le presenta el recipiente como si le entregara el santo grial.

Mientras tanto, el lenguaje corporal de él muestra irritación, como si lo que le estuviera dando en realidad fuera una bolsa de caca de perro.

¿En serio? ¿Su novia le hace la comida y él no se lo agradece y la envuelve con los brazos? Menudo capullo.

—Odio a ese chico —musita TJ.

—¿Lo conoces? —No puedo esconder mi expresión dudosa. TJ no se junta con deportistas, y el chico que tenemos delante es cien por cien uno de ellos. Esos hombros lo delatan.

—Es Hunter Davenport —añade Pax, y reconozco su tono de voz al instante. Traducción: «Oh, madre mía,

quiero lamer a ese chico».

Y es cierto, se le ha puesto una mirada soñadora.

—¿Quién es Hunter Davenport? —pregunto.

—Está en el equipo de *hockey*.

He dado en el clavo. Sabía que era un deportista. Esos hombros...

—Nunca he oído hablar de él —digo, y me encojo de hombros.

—Tampoco te pierdes nada. Solo es un deportista rico y capullo —añade TJ.

Arqueo una ceja.

—¿Qué problema tienes con él? —TJ no suele hablar mal de los atletas. Bueno, ni de nadie, de hecho, aparte de alguna crítica ocasional a Pax.

—Nada. Solo creo que es asqueroso. Lo pillé tirándose a una zorra en la biblioteca el año pasado. Completamente vestido, pero con los pantalones bajados hasta la mitad del culo. La tenía contra la pared en una de las salas de estudio. —TJ sacude la cabeza, indignado.

Yo también siento asco, pero se debe a la grosera representación que mi amigo ha hecho de la compañera de Davenport.

—Por favor, no uses esa palabra —le riño—. Ya sabes que no me gustan esas faltas de respeto.

TJ retira lo dicho de inmediato.

—Perdona, tienes razón, no ha estado bien. En todo caso, Davenport fue la zorra en esa situación.

—¿Por qué tiene que haber una zorra?

—Yo quiero ser su zorra —añade Pax, ausente. No despega la mirada del jugador de *hockey* de pelo oscuro, que todavía discute con su novia.

La chica no deja de darle el táper y se lo devuelve una y otra vez. Creo que dice que no va a tener tiempo para comer, porque su chillido de respuesta es:

—¡Siempre hay tiempo para comer, Hunter! Pero ¿sabes qué? Vale. Muérete de hambre. ¡Perdona por intentar alimentarte!

Con una sonrisa, me pongo las manos alrededor de la boca, como si formara un altavoz, y vocifero:

—¡Pilla la puta comida de una vez!

Davenport gira la cabeza hacia mí y frunce el ceño.

La chica, por su parte, me sonrío.

—¡Gracias!

Le mete el recipiente en la mano una vez más y se marcha haciendo aspavientos. Los tacones bajos resuenan contra los adoquines que conforman casi todo el campus antiguo.

El chico del *hockey* echa chispas por los ojos mientras acerca a nosotros enfadado.

—No tienes ni idea de lo que has hecho —gruñe. Su voz es más grave de lo que esperaba, con una nota ronca adorable. Levanta el recipiente—. Ahora hemos sentado precedente. Me hará la dichosa comida todo el semestre.

Pongo los ojos en blanco.

—Guau, perdónala por intentar alimentarte.

Suspira y se aleja. Entonces se detiene.

—Oh, hola, ¿cómo va todo, tío? —le dice a Pax.

Mi amigo se queda tan boquiabierto que parece que la mandíbula va a caerle sobre las deportivas blancas. También parecen nuevas, así que supongo que el polo no es lo único que se compró en Boston.

—Hola —responde Pax, claramente pasmado por la distinción.

—Ibas a mi clase de Medios de comunicación alternativos el semestre pasado. Jax, ¿verdad?

Para mi sorpresa, Pax asiente de manera estúpida.

—¿También estáis en la clase de Psicopatología?

—Sí. —Pax respira.

—Genial. Bueno, nos vemos dentro. —Davenport le da una palmadita en la espalda antes de subir lentamente por las escaleras hacia la entrada del edificio.

Miro a mi amigo, pero está demasiado ocupado contemplando embobado el trasero de Davenport.

—Ey, Jax —me burlo—. Tierra llamando a Jax.

TJ se ríe.

Pax sale de su trance y me dedica una mirada tímida.

—Se acordaba de mí, Demi. No iba a corregirle después de que se acordara de mí.

—¡Se acordaba de Jax!

—¡Ese soy yo! Soy Jax. Ahora vivo la vida como Jax. Lo ha dicho Hunter Davenport.

Ahogo un suspiro y echo un vistazo a TJ.

—¿Por qué somos sus amigos?

—No tengo ni idea —responde con una sonrisa—. Vamos, Jax, escoltemos a nuestra dama a clase.

Entro en la sala de conferencias entre los dos chicos, como si fuéramos un bocadillo, con los brazos enlazados con los de ellos. La mayor parte de mis amigos son chicos, un hecho que mi novio ha tenido que aceptar. En el instituto no le hacía especial ilusión, pero Nico nunca ha sido un novio controlador, y creo que, en el fondo, le gusta que me lleve tan bien con sus amigos.

No me malinterpretéis, también tengo amigas. Mis chicas de la sororidad. Pippa y Corinne, con quienes voy a cenar esta noche. Pero, por el motivo que sea, mis amigos chicos superan en número a las chicas.

Dentro de la sala cavernosa, los chicos y yo encontramos tres asientos juntos en una fila que se encuentra en el centro de la habitación. Me fijo en que Hunter Davenport está una fila por delante de nosotros al final del pasillo, encorvado mientras mira el móvil.

—Madre mía, es perfecto —gime Pax—. No tenéis ni idea de lo mucho que he fantaseado con atraerlo hacia la otra acera.

Le doy un golpecito en el brazo.

—Tal vez algún día. Confío en ti.

La sala se llena, y toda la cháchara muere cuando la profesora entra a las nueve en punto. Es una mujer alta y esbelta con el pelo corto, y unos ojos astutos detrás de una montura cuadrada de color negro. Nos da una cálida bienvenida y prosigue a presentarse, nos da sus credenciales y lo que se espera que aprendamos este año.

Estoy entusiasmada. Mi padre es cirujano y mi madre era enfermera de pediatría, así que era inevitable que yo me matriculara en una carrera relacionada con la medicina. Quizá está programado en mi ADN. Sin embargo, la cirugía y la enfermería nunca me han interesado. Desde que era niña, me he sentido atraída por la mente. Me fascinan los trastornos de personalidad, los patrones de pensamientos destructivos y su impacto en el individuo cuando interactúa con el mundo.

La profesora Andrews explica los temas específicos que trataremos.

—Veremos cómo se trataban los trastornos psicológicos en el pasado, y cómo la medicina moderna los ha abordado a lo largo de los años. La evaluación clínica y el diagnóstico jugarán un papel importante en nuestros estudios. Además, creo en los enfoques prácticos de enseñanza, lo que significa que no me limitaré a permanecer de pie en el podio mientras suelto datos sobre trastornos del estrés, trastornos de humor, trastornos sexuales y similares.

Me inclino hacia delante. Ya me ha cautivado. Me gusta su tono sensato y la manera en que pasea la mirada por el aula e intenta hacer contacto visual con todos los alumnos. He tenido muchas clases en las que el profesor leía de un

portátil en el mismo tono todo el tiempo y no parecía darse cuenta de que había más gente en el aula.

La profesora añade que tendremos que escribir resúmenes de los casos prácticos de los que hable en clase y que habrá varias pruebas tipo test.

—Las fechas de los exámenes están en el programa que se os ha enviado por correo electrónico. Con respecto al proyecto de investigación, necesitáis un compañero con el que trabajaréis a largo plazo, un artículo final de investigación y un estudio a fondo del caso para antes de las vacaciones. Aquí viene la parte divertida...

Me fijo en que varias personas intercambian miradas incómodas por toda la sala. Supongo que salta la alarma cuando un profesor usa la palabra «divertida». Pero a mí no me importa. Todo lo que ha explicado hasta ahora suena interesante.

—Conocéis ese antiguo juego de niños, ¿«jugar a los médicos»? —La profesora Andrews sonrío a la clase—. Es la esencia de este proyecto de investigación. Un compañero hará el rol del psicólogo y el otro será el paciente. Al primero se le proporcionarán herramientas de diagnóstico para que realice una evaluación y lleve a cabo un estudio detallado del caso. Al segundo se le asignará un trastorno psicológico que deberá investigar y que, a falta de una palabra que lo describa mejor, representará ante el doctor.

—Me encanta —dice Pax—. Por favor, por favor, déjame hacer de paciente.

—¿Por qué asumes que lo harás con Demi? —protesta TJ.

—Chicos, hay suficiente Demi para todos.

Pero Andrews nos sorprende.

—Asignaré a las distintas parejas por orden alfabético según la lista de clase. —Levanta unas hojas de papel—. Cuando oigáis vuestros nombres, levantad las manos para saber con quién trabajaréis. Muy bien, empecemos: Ames y Ardin.